

Leloir. Un científico, un hombre

Hay recuerdos que uno teme descoser, están grabados en nuestro interior como una marca de fuego. Con ellos convivimos y vivimos, y nos hacen especiales, diferentes. No se tocan, pero cada tanto la vida nos da una vuelta de tuerca y nos obliga a revisarlos en voz alta.

Recién graduado decidí trabajar en un laboratorio de investigación bioquímica, estaba en provincia sin opciones. Escribí al director de un laboratorio en Buenos Aires ofreciéndole mi limitada experiencia. Lo mejor que pude lograr fue encontrarme con él en un futuro congreso.

El congreso se realizó en Mar del Plata. Encontré un hombre bien parecido, vestido a la inglesa, a lo James Smart, zapatos negros, traje oscuro y corbata a rayas. No parecía tener nada en especial, sus ojos negros, pequeños, tenían una mirada que se me escapaba aunque sentía que me observaban. Sus manos pequeñas se movían como escapando a su control. Más me parecía un ser a proteger que protector. Al final para mi alegría dijo: Lo espero en Buenos Aires, en el laboratorio.

El edificio del laboratorio había sido anteriormente un colegio de monjas. Tenía ventanas pequeñas como para asomar la cabeza en caso de emergencia y gritar. Las paredes no se pintaban ni revocaban, según el director de esa forma no se limitaban las modificaciones. Era una situación paradójica, en ese ambiente de paredes frías, despintadas, húmedas, descascaradas sentí que podía encontrar mi hogar.

Era el lugar que al Director le decían Dire. El trabajaba como uno más, no había diferencias, por ahí, para mi gran sorpresa agarraba la escoba y barría si había algún líquido derramado. Vestía como todos, con un jean, un guardapolvo gris y cuidaba no gastar en hojas de papel nuevas, se escribía al dorso de hojas ya impresas. La hora del medio día nos reunía a todos y mientras comíamos alguno daba el seminario del día.

Los elementos del laboratorio eran de origen familiar. Las mesas, sillas, escritorios, sillones y estantes venían de algún hogar amigo. Algo parecido sucedía con los frascos de

reactivos, estos habían sido envases de alguna bebida espirituosa. Era común llamar a los reactivos con el nombre del licor original de la botella, "Old Suttori".

Cuando llegué al laboratorio este no estaba pasando por su mejor momento. La dictadura militar había apaleado y golpeado a profesores y estudiantes en la universidad. Varios científicos habían decidido irse a vivir al exterior, lo cual significaba una pérdida grande en el aspecto sentimental y humano. El laboratorio tuvo que reorganizar sus grupos de trabajo.

Con algo de suerte pasé a trabajar directamente con el Dire. Mirado desde la distancia pienso en la contradicción de trabajar juntos una de las mentes más elaboradas con la de un joven de recursos muy limitados. Alguien para pensar y el otro para el esfuerzo físico y eso es lo creo que sucedía. El Dire se sentaba en un cajón de manzanas y se dedicaba a pensar, podía hacerlo durante varias horas seguidas, inclusive días. El no movía sus manos si no había acariciado durante horas la idea de lo que iba a realizar. Disfrutaba pensar más que hacer experimentos, en general cuando los hacía ya sabía el resultado que iba a obtener.

Como se puede ir puliendo diamantes en bruto. Aceptábamos al Dire como líder intelectual y moral. En su forma de pensar había algo que no podíamos alcanzar. Era como que de tanto pensar había desarrollado caminos y formas por lugares que no eran accesibles para nosotros. El trataba de desarrollar en nosotros el hábito de pensar, puede haberlo hecho por docencia o necesidad de dialogo. Apoyaba nuestras ideas y las estimulaba o directamente ponía alguna de sus ideas como nuestras. A veces me decía: "Pensá, pensá hasta que duela la cabeza" El laboratorio era físicamente pobre, pero el Dire nos enseñaba a ser parecidos a él, teníamos a Messi.

Era sorprendente como un cuerpo aparentemente tan frágil pudiese tener tanta fuerza y voluntad. Su perseverancia era legendaria, si decidía resolver un problema, entraba en él, y no tenía forma de parar. Vivía pensando en él, no podía salir, era su cautivo, esto podía durar por años, hasta que lo lograba, tenía algo de cazador, sabía atrapar la presa.

Sus presentaciones eran modestas, sin ánimo de deslumbrar, como para pasar el compromiso, sin deseos de convencer. Le resultaba difícil vencer su timidez, se hacía frágil, perdía su carisma. Él era como Borges no podía hablar en público, quedaba expuesto. En este tema están sus mejores anécdotas, una de las más conocidas fue cuando lo invitaron a dar un discurso sobre ciencia. Llevó dos discursos, el nuevo y uno de años anteriores en el otro bolsillo del saco por cualquier cosa. Por supuesto, en el apuro, leyó el discurso viejo, fue aplaudido y festejado por sus ocurrencias, pero al llegar a los agradecimientos se dio cuenta que empezó a agradecer a otras personas que las presentes. De golpe se escuchó clarito: “que lo pario me confundí”- saco el otro discurso y sin más leyó el final.

Con el tiempo decidí viajar al exterior y conocer otros laboratorios. Para ese tiempo ya las cosas eran diferentes se había desarrollado la competencia por todo, había otras reglas, se había descubierto el poder de la ciencia. Con el Dire seguí ligado hasta su final, cada tanto cuando necesito zurcir algún agujero, vuelvo a releer sus cartas llenas de generosidad, ilusiones y amor por la vida.

Roberto J. Staneloni

2019